

# Esencia de la tecnociencia y ética global

Beginning with a description of our current historical situation, the author suggests a potential way of thinking about the common ground of techno-scientific praxis and the moral and theological dimensions of humankind — in other words, the power of reality — as a basis for the global ethics we need.

## I. Nuestra situación histórica

En los últimos cincuenta años, la historia ha cambiado radicalmente. Cumplidos dos millones de años, podemos hablar hoy con propiedad de *una historia global* de la especie humana, hecha posible, en tanto una, por el nivel de nuestras tecnociencias<sup>1</sup> pero, a la vez, hecha imposible, en tanto global, por el nivel que no han alcanzado ni nuestra moral ni nuestras éticas.

En efecto, las tecnociencias médicas han hecho aumentar la tasa de natalidad y la esperanza de vida de los seres humanos a niveles impensables hace dos siglos, lo cual constituye indudable beneficio para los individuos, aunque muchos demógrafos estiman que tanto el volumen global de la población como el grado de concentración urbana en las megápolis han llegado hasta el umbral de

saturación. La biología molecular ha completado el mapa del genoma humano y la ingeniería genética interviene con tijeras y suturas enzimáticas en la codificación de los ácidos nucleicos. Sin embargo, dos mil millones de personas no tienen agua potable, tres millones de niños mueren al año por desnutrición, vuelven los tiempos del cólera y de la tuberculosis y aparecen nuevas pandemias como la producida por el virus del SIDA.

Por otra parte, las tecnociencias del transporte y de las comunicaciones han reducido tiempos y distancias a límites inimaginables hace sólo

<sup>1</sup> Usamos la voz «tecnociencia» siguiendo la terminología de J. COROMINAS en "¿Es posible una tecnociencia liberadora?", *Rev. Voluntad de Vida*, UCA, Managua, 1993, pp.93-107, n.2.

cuatro décadas. En consecuencia, ha aumentado exponencialmente el radio de acción de aquellos individuos que cuentan con capacidad económica para informarse en tiempo real de lo que sucede en casi cualquier lugar del planeta y para trasladarse de un sitio a otro en un lapso de horas. Muy pronto, desde cualquier lugar del globo podrán sintonizarse casi quinientos canales de televisión, y ya hay redes de transmisión digital que conectan varias decenas de millones de afiliados. Sin embargo, mil cien millones de personas, que ganan en promedio un dólar al día, no usan ni usarán nunca aviones, televisión o computadoras.

Las tecnociencias de la computación y del control automático de procesos han transformado no sólo la transmisión de datos (telemática) sino también los sistemas organizativos (burótica) y los sistemas productivos (robótica). Sin embargo, tales cambios sólo acontecen con toda su fuerza en aquellos países (con el 25% de la población mundial) que consumen aproximadamente el 70% de la energía, el 75% de los metales, el 85% de las maderas y el 60% de los alimentos disponibles<sup>2</sup>. De lo cual se sigue que sus formas de vida no son sin más globalizables y que sólo pueden sostenerse a condición de no revertir la radical inequidad entre ese 25% de privilegiados y el mayoritario 75% de

personas que «viven» en los márgenes de la aldea global.

En lo socioeconómico, asistimos al despliegue de nuevos megamercados (Unión Europea, Tratado Japón-Sudeste Asiático, Tratado de Libre Comercio). Pero también al crecimiento económico sin empleo en los países ricos (24 millones de desempleados) y al aumento en cinco veces de la brecha entre países pobres y ricos. En efecto, la quinta parte más rica de la población mundial concentra el 83% del ingreso, el 81% del comercio, el 95% de los préstamos, el 80% del ahorro y el 81% de la inversión global. Mientras tanto, la quinta parte más pobre cuenta sólo con el 1.4% del ingreso, el 0.95% del comercio, el 0.2% de los préstamos, el 0.98% del ahorro y el 1.25% de la inversión global.

En lo político, hemos asistido en los últimos cinco años al colapso del «socialismo real» y al resurgir, a veces muy cruento (Bosnia, Ruanda), de conflictos interétnicos no resueltos, casi siempre complicados con fundamentalismos religiosos. Aunque ha aumentado la vigilancia sobre los derechos humanos, son obvios el aumento de los índices delictivos, el imperio de la corrupción y la

---

<sup>2</sup> Cf. UNDP, *Human Development Report 1992*, pp. 34 ss.

ubicuidad de las mafias que controlan el tráfico de armas y de drogas. Los desplazamientos poblacionales tienden a crecer, a pesar de las restricciones. La estructura de los Estados continúa deteriorándose debido a la cantidad y calidad de los problemas por resolver y a la obsolescencia de los partidos políticos y de las instituciones democráticas. Aunque han quedado fuera de juego las armas termonucleares, con el afortunado final de la guerra fría, los fondos militares liberados están siendo invertidos mayormente en el desarrollo de nuevas fuentes de energía y sólo marginalmente en la superación de las inequidades mundiales.

En lo cultural, se mantiene la tasa exponencial de creación de información en todos los campos, lo cual refuerza la índole babélica de los lenguajes tecnocientíficos hiper-especializados y la desconexión entre ellos y los paradigmas culturales creadores de sentido (habla cotidiana, costumbres, ritos, instituciones tradicionales). Las megaempresas de la comunicación contribuyen a la expansión de una «way of life» consumista, individualista, sensacionalista y reductora de diferencias. Sin embargo, las tecnociencias de «tercera ola» ofrecen nuevas posibilidades a la diversidad cultural y a las libertades individuales... de quienes tienen dinero. Disminuyen el sentido

de pertenencia y el sentido de realidad, lo cual induce formas retrógradas de autoafirmación que van desde pandillas gangsteriles a suicidios colectivos. Así, estamos inmersos, individuos y pueblos, en una extraña situación de superávit de posibilidades tecnocientíficas, déficit de energía moral y claro predominio de variedades de ética débil.

## II. Planteamiento del problema

El presente análisis, hecho desde la situación histórica antedicha, parte de dos hipótesis de trabajo que se dan por demostradas. La primera es una afirmación cuyo análisis compete a la historia y la sociología de la tecnociencia:

- 1ª) La minusvalía tecnocientífica (llamada eufemísticamente «dependencia científica y tecnológica») de los países pobres es factor determinante de la pobreza en que «viven» la mayoría de sus habitantes. Carecen éstos de tecnociencias no por ser pobres sino son pobres por carecer de tecnociencias propias (entre otras, de tecnociencias para crear sociedades más justas).

Aceptada esta hipótesis, y dada la creciente y aparentemente insalvable brecha entre países pobres y países

ricos, cuya *ultima ratio* es la posesión de ciertas tecnociencias, ¿no consiste la solución a la minusvalía tecnocientífica en la transferencia de tecnociencias? Se trata de una cuestión de teoría prospectiva en la que no podemos entrar aquí. Como hipótesis de trabajo que la responde, se da por demostrada la siguiente afirmación:

2ª) Ante tal minusvalía científica y técnica parecen quedar tan sólo cuatro alternativas: 1) La renuncia unamuniana a la creación de tecnociencia propia («¡Que inventen ellos!» -los del primer mundo), que conduce a definir los países pobres como parques de turismo mundial o «reservas de vida primitiva». 2) El obediente asentimiento a las políticas de ajuste que quizás logren la hazaña de eliminar la pobreza -eliminando a los pobres- y de acomodar a los sobrevivientes en el vagón de cola de la economía global, transfiriéndoles tecnociencias no estratégicas. 3) Una combinación de las dos primeras alternativas, con lo cual los países pobres aparecerán como un conjunto de megápolis, tipo México, Rio de Janeiro o Caracas, separadas por grandes reservas de vida primitiva, propias para el aventurismo de los países ricos. 4) La conversión masi-

va de los habitantes del planeta a una ética (o a una religión) de libertad-para-todos, igualdad-en-diferencia y fraternidad global que permita invertir el sentido del *momentum* vectorial egocéntrico del capitalismo tecnocientífico.

Aceptada la segunda hipótesis, y considerando más probable la tercera alternativa, surgen las preguntas filosóficas: ¿Llevan en sí mismas nuestras tecnociencias, nietas de la razón griega e hijas de la razón moderna, algún «pecado original» que las hace congénitamente impotentes para crear un orden mundial acorde con la dinámica de posibilitación que ellas mismas inducen? ¿Puede consistir ese «pecado» en el ocultamiento del ser tras el ente y en la desdicha de habérsenos perdido el ámbito de lo sagrado, como pensaba Heidegger? ¿O el «pecado» consistirá más bien en el triple dualismo hombre-naturaleza, sensibilidad-inteligencia, individuo-comunidad que está a la raíz de la logificación de la inteligencia, de la entificación de la realidad y de la angustia desmoralizante de nuestro tiempo, como pensaba Zubiri? ¿Será posible, y cómo, disolver ese «pecado»? ¿Qué hay en la historia que impide la realización de la cuarta alternativa?

Obviamente esta comunicación no pretende dar respuesta a tan graves

cuestiones. Sólo trata de insinuar un posible modo de pensar la esencia de la tecnociencia en intrínseca respectividad con la esencia de la moral y con la esencia de la religación, como prolegómeno de toda ética a la altura de nuestro tiempo.

### III. Esencia de la tecnociencia

El problema de la esencia de la técnica no fue algo marginal en el pensamiento de Heidegger. Al contrario, parece estar en el meollo de la discutida «ruptura» entre el Heidegger I de *Sein und Zeit* y el Heidegger II, militante nazi que exigió, en declaración póstuma, que su adhesión al nacionalsocialismo fuese entendida como consecuencia de su análisis de la esencia de la técnica. Para Heidegger, el nazismo, en principio, hubiera podido haber resuelto el problema de la técnica mundial si no hubiese sido desviado por la torpeza filosófica de los dirigentes<sup>3</sup>. En *Die Frage nach Technik* (1953) había expuesto las siguientes tesis<sup>4</sup>:

- a) La esencia de la técnica es **Gestell**, im-posición a los entes de un modo de existir reducido a una mera «existencia» contable e inventariable.
- b) La técnica constituye no un modo de hacer entre otros sino el desti-

no humano, actualmente omnímodo, de hacerse el hombre para el hombre mera «existencia» contable e inventariable, un objeto más de su propia voluntad de poder.

Por su parte, Xavier Zubiri, en el curso «*El problema del hombre*», dictado también en 1953, expuso y refutó tres respuestas que se han dado en la historia de la filosofía al problema de la esencia de la técnica: la de Aristóteles (técnica es saber hacer las cosas), la de Galileo-Descartes (técnica es ciencia aplicada) y la de Bergson (técnica es todo hacer biológico de adaptación al entorno). Demostró entonces que la técnica es esencialmente invención y dominio de las cosas en su propia realidad: «técnica es constitutiva y fundamentalmente invención de realidades y poder sobre realidades»<sup>5</sup>. Según

<sup>3</sup> Cf. VICTOR FARIAS, *Heidegger y el nazismo*, Muchnick Ed., Barcelona, 1989, p. 402.

<sup>4</sup> Cf. MARTIN HEIDEGGER, "La question de la technique", en *Essais et Conférences*, Ed. Gallimard, 6ª ed., Paris, 1958, pp. 10-48, trad. de J. Beaufret de *Die Frage nach Technik, Vorträge und Aufsätze*, Pfullingen, 1954. Para el estudio del concepto heideggeriano de esencia de la técnica se han usado: M. OLASAGASTI, "Introducción a Heidegger", *Rev. de Occid.*, Madrid, 1967, pp. 117-140, y H.L. DREYFUS, "Heidegger on the connection between nihilism, art, technology, and politics", en *The Cambridge Companion to Heidegger*, Charles Guignon ed., Cambridge University Press, 1993, pp. 289-316.

<sup>5</sup> Cf. XAVIER ZUBIRI, *Sobre el hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, pp. 323-341.

Zubiri esta idea puede dar razón de lo más característico de la técnica actual, que no es mera producción de entes artificiales sino creación artificial de entes naturales<sup>6</sup>.

Aparentemente coinciden Heidegger y Zubiri en que la técnica tiene un momento esencial de dominación sobre las cosas. Sin embargo, el concepto zubiriano de técnica como creación y poder difiere radicalmente del de Heidegger. Heidegger llegará a decir, en *Carta sobre el humanismo*, que la metafísica, en cuanto pensar preso en el ente, es la esencia de la técnica. Y, recíprocamente, en *¿Qué significa pensar?*, que la tecnología es la metafísica de la era atómica. Zubiri, por su parte, considera que la técnica es el despliegue de la inteligencia sentiente del hombre, animal de realidades, en cuanto se hace cargo de la realidad haciendo realidades, esto es, creando y dominando las cosas con las que hace su vida. Mientras, para Heidegger, técnica sería un destino desgraciado del ser, para Zubiri es una dimensión constitutiva de la realidad social del ser humano. Mientras para Heidegger la salvación provendría de la serenidad ante las cosas, *Gelassenheit zu den Dingen*, que nace del pensar meditabundo (*nachdenken*) y del poder salvador de las cosas insignificantes, para Zubiri no hay otro modo de ser humano que ser creador y

señor de realidades, sin abdicación posible del señorío humano sobre las cosas.

#### IV. Tecnociencia, moral y religación: El problema del poder

Llamamos **tecnociencia** a la marcha de la razón y de la acción humanas en tanto creadoras de nuevas realidades y dominadoras de realidades ya dadas.

Tecnociencia no es sólo la concurrencia de teoría científica y praxis técnica sino un gesto único de la inteligencia, la voluntad y la acción motora. Se suele pensar que la sensación nace de la actividad de los sentidos, que la ciencia nace de la actividad del cerebro y que las técnicas nacen de la actividad de la mano. Se suele decir que los sentidos son una especie de sistema de entrada (*input*) de datos; que el cerebro es como un sistema de almacenamiento y procesamiento de datos: memoria y unidad central de procesamiento (CPU); y que huesos y músculos son el sistema de salida (*output*) factual del cuerpo humano. Y que, así, por sus sentidos, el hombre sería viviente animal. Por su cerebro, *homo*

<sup>6</sup> Cf. XAVIER ZUBIRI, *Sobre la esencia*, Alianza Editorial, Madrid, 1972, 4ª edición, pp. 84-85.

*sapiens*, animal científico. Y, por sus músculos, manos y laringe, *homo faber*, animal hacedor, fabricante, de cosas y de palabras.

Sin embargo, la cosa no es tan simple. Porque, en primer lugar, no hay distinción entre sentidos y cerebro, ni entre sensación e inteligencia. Fisiológicamente, los sentidos son cerebro abierto al exterior del cuerpo. Filosóficamente, los sentidos humanos, en cuanto humanos, son sentidos inteligentes; y la inteligencia humana, en cuanto aprehensión de las cosas como reales y de la realidad de-y-en cada cosa, es inteligencia sentiente. Además, en segundo lugar, los órganos de movimiento (prensión, fonación, locomoción, etc.) son cerebro operante sobre el exterior del cuerpo y, respectivamente, el cerebro es un agente de manipulaciones intencionales (aprehensión conceptual, discurso lógico, elaboración y prueba de esbozos, etc.), tan artificiales como la fabricación de un ánfora. Por tanto, no hay distinción numérica ni intrínseca prioridad entre quehacer científico y quehacer técnico, o entre pensar teórico y pensar práctico, o entre mero pensar (ciencia) y mero actuar (técnica) sino que el hombre piensa con técnicas mentales artificiales y actúa técnicamente con ciencia y a conciencia creando lenguajes, herramientas, arte y artefactos. En el hombre, actuar y pensar, técnica y ciencia, son estricta

y rigurosamente congéneres. Por eso hablamos de tecnociencia y no de ciencia y técnica.

Pero eso no es todo. Por la tecnociencia el hombre pone a prueba el poder de lo real y su propio poder creador y dominador. *La tecnociencia, al igual que la religación y la moral, son dimensiones humanas fundadas en el poder de lo real de las cosas.* En la religación (o dimensión teologal) del ser humano acontece el fundamento de la realidad como poder último, posibilitante e impelente de la actualidad del hombre. En la dimensión moral acontece la apropiación de posibilidades mediante las cuales el hombre puede realizarse como persona y adquiere poder-ser-sí-mismo, es decir, poder llegar a ser quien quiere ser. En la tecnociencia (o dimensión práxica) el hombre crea realidades que son nuevas posibilidades y se apropia de posibilidades reales de las cosas ya dadas. Por tanto, religación, moral y tecnociencia se abren desde y en el poder de lo real de cada cosa y de todas las cosas.

Zubiri ha pensado magistralmente que la religación es la estructura respectiva constitutiva de mi acción misma y que es el acontecer del poder de lo real<sup>7</sup>. Ahora bien, la tecnociencia

<sup>7</sup> Cf. XAVIER ZUBIRI, *Hombre y Dios*, Alianza Editorial, 1984, p.129.

es aquella acción humana en que acontece el poder de lo real como creación-de y dominio-sobre las cosas reales en cuanto tales. De ahí que la tecnociencia sea, estructuralmente, despliegue de la religación y, al mismo tiempo, realización moral por excelencia. El análisis metafísico de la tecnociencia conduce a un asombroso hecho teologal: *Las tecnociencias son la ingente realización histórica de la experiencia de Dios como creador, es decir, son el despliegue de la acción creadora de la realidad absolutamente absoluta en la acción creadora de la realidad relativamente absoluta.* Podrá objetarse que el hecho de la creación es un dato de fe y no una verdad de razón. El mismo Zubiri, con Duns Scoto, lo piensa así<sup>8</sup>. Sin embargo, con Antonio Machado<sup>9</sup>, diremos:

*¿Dices que nada se crea?  
Alfarero, a tus cacharros.  
Haz tu copa y no te importe  
si no puedes hacer barro.*

Por otra parte, la dimensión moral del ser humano se actualiza, y no puede hacerlo de otro modo, tecnocientíficamente. *Las tecnociencias son estricta y formalmente causalidad moral, causalidad personal.* Dice Zubiri en el apéndice «Causalidad personal y moralidad» de *El hombre y Dios*<sup>10</sup>: «*El hombre es*

*realidad moral porque es naturaleza, sustantividad personal. Por esto la llamada causalidad moral es estricta y formalmente causalidad personal. Y lo propio debe decirse, y en grado sumo, de la religación*». Cabría decir, prosiguiendo en la misma línea de Zubiri, que el hombre hace tecnociencia porque es y para poder ser naturaleza, sustantividad, personal. Y que, por eso, la praxis tecnocientífica es, del mismo modo que la causalidad moral y la funcionalidad teologal, estricta y formalmente, causalidad personal. Nunca tiene el hombre la moral más alta que cuando ejecuta un gesto tecnocientífico, que cuando es y se sabe creador de cosmos y de mundo. De ahí la condición sagrada de los arte-factos resultantes de la acción tecnocientífica: nunca algo *hecho* por el hombre a ciencia y conciencia puede ser mero *desecho*. El pensar-y-actuar, la praxis tecnocientífica, es todo menos aquel pensar calculador y unilineal denunciado por Heidegger. Lo que tiene fama de ciencia y tecnología, si es sólo pensar calculador y unilineal, no sería verdadero pensar-y-actuar tecnocien-

<sup>8</sup> Cf. XAVIER ZUBIRI, *El hombre y Dios*, o.c., p. 153.

<sup>9</sup> En *Obras Completas*, varias ediciones, CXXXVI (Proverbios y Cantares), n. XXXVIII.

<sup>10</sup> Cf. o.c., p. 207.



tífico porque la verdadera tecnociencia, esencialmente, es pensar-y-actuar moral y pensar-y-actuar teologal, sea o no consciente de ello. He aquí lo que queremos insinuar. La unidad, intrínseca y formal, entre religación, moral y praxis tecnocientífica del ser humano.

## V. Poder de lo real y ética global

Las tesis de Heidegger desembocan en un ecologismo romántico que se propone, sin negar la técnica, superar las relaciones de dominio hombre-hombre y hombre-naturaleza mediante un regreso a la paz rural y a lo pequeño que es hermoso. De las tesis de Zubiri podemos deducir que los problemas causados directa o indirectamente por las tecnociencias se resuelven mediante más y mejores tecnociencias (físicas y sociales) y que las situaciones de minusvalía tecnológica de los países pobres pueden superarse mediante más y mejores técnicas de organización nacional y de fraternidad global. La meta a alcanzar no es la serenidad ante las cosas sino que nadie quede excluido de la creación-de y del dominio-sobre las cosas con las que los hombres tenemos que hacer nuestra vida. La serenidad se nos dará por añadidura.

No puede construirse una ética global a la altura de nuestro paradójico y ambivalente tiempo tecnocien-

tífico sin volver a pensar la esencia común de la dimensión práxica, la dimensión moral y la dimensión teologal del ser humano: el poder de lo real. No pretendemos más que señalarlo. No obstante, séame permitido esbozar algunas consideraciones al respecto.

Algo hay de ambiguo y ambivalente en el quehacer del hombre con las cosas. A la vez constructor y destructor, creador y aniquilador, el hombre desbarata, deforma y desfigura realidades para edificar, conformar y configurar otras realidades. Parece que su vida y su historia enteras fueran una especie de inhumana prolongación de su condición biofísica animal, obediente al axioma de que toda vida vive de la destrucción, digestión y asimilación de otra vida. En efecto, todo orden local y temporal se fabrica a expensas del desorden introducido en otro lugar y tiempo; todo ordenamiento de una parte del cosmos implica aumento de la entropía, del desorden, en otra parte. Es el áspero rigor de la segunda ley de la termodinámica y de la ley evolutiva de la supervivencia del más fuerte en la lucha por la vida.

Los relatos y mitemas sagrados de todas las culturas nos dan cuenta de esta paradójica ambivalencia. Shiva creando-destruyendo universos. Prometeo robando el fuego divino y la caja de Pandora de la que

salieron todos los males pero en cuyo fondo quedó, por dicha, la esperanza. Caín, el epónimo del hombre tecnocientífico, asesinando a su hermano Abel, epónimo del hombre rural y nómada. Pareciera que toda creación de orden tiene que hacerse sobre montañas de cadáveres, producidas o preteridas por ella misma.

Sin embargo, nadie objetará que tanto más perfecta será una creación cuanto menos entropía genere. En el límite, una creación perfecta, absoluta, no incurriría en ningún desorden ni previo ni concomitante ni consiguiente. Quizás *creación «desde la nada»* no signifique tanto el acto de suprema prestidigitación de sacar los universos de un sombrero de copa que no existe cuanto la perfecta ordenación de un cosmos sin producción alguna de caos. Un acto creador absoluto en que *todo termina bien para todos y para todo*.

Ninguna actividad tecnocientífica humana, en cuanto creadora de realidades y poder sobre realidades, es perfecta hasta ese límite. Pero, por intrínseca dinámica, tiende a ese límite. Por ende, tanto mejor será la actividad tecnocientífica, estará mejor hecha, cuanto menor sea la entropía (física, biológica, social o histórica) que ocasione. Este puede ser el imperativo categórico de una ética basada en una moral de la creación y del poder, una moral del poder

creativo o del uso creativo del poder de lo real: *Hay que pensar-y-hacer todo y sólo aquello que tienda a disminuir la entropía global (física, biológica, social e histórica) y no sólo la entropía local de la parte del mundo donde vivimos.*

### Corolarios casi evidentes:

- 1) El poder tecnocientífico es por sí mismo expansivo. Todo poder usado para excluir a otros seres humanos de ese poder es contradictorio y autodestructivo.
- 2) Las tecnociencias de la destrucción (por ejemplo, las tecnociencias militares) son intrínsecamente contradictorias y, a la postre, autodestructoras.
- 3) La historia de la creación de un mundo humano apenas ha comenzado. Todos los habitantes del planeta, actuales y por venir, están llamados a ser reales cosmo-politas, ciudadanos del cosmos. Por ahora no llegamos todos los que vivimos a ser ni siquiera geo-politas, ciudadanos de la aldea global.
- 4) La ciudadanía cósmica es una empresa posible sólo en la medida de la expansión *negentrópica* del modo de vida tecnocientífico. Es decir, en la medida en que los miles de millones de personas ac-

tualmente marginadas de la historia global vayan apropiándose las posibilidades del modo de vida tecnocientífico. No sólo mediante la mera transferencia de tecnociencias de los países tecnocientíficos a los países marginales sino mediante la creación de un mundo donde se haga todo y sólo aquello que tienda a reducir al mínimo la entropía global y no sólo la entropía local.

- 5) Para alcanzar este nivel de humanización necesitamos hom-

bres y mujeres realmente tecnocientíficos, morales y teologalmente asentados en el poder de lo real, es decir, creadores y señores de la realidad, que se entreguen a la urgente y sagrada tarea de crear cada vez más creadores y señores. Para que los sutiles dedos y la voz discreta del absoluto creador sigan haciendo su festivo trabajo cósmico y mundano en y por las manos y palabras de los creadores relativos absolutos, creados a su imagen y semejanza. □

